

junta de sombras



Wassily Kandinsky, Paul Klee y Nina Kandinsky. 1932

WASSILY KANDINSKY

Nacido el 4 de diciembre de 1866, Wassily Kandinsky es sólo dos años menor que Toulouse-Lautrec. Pero mientras éste muere a principios del siglo xx y su obra se inscribe por completo en el xix, la vida y la obra de Kandinsky, como un raro juego que parece contradecir la realidad del tiempo y sugerir el triunfo de lo puramente espiritual que él buscó en su arte, parecen extenderse como un río sin riberas no sólo por el vasto número de fechas significativas que cubre, sino porque su proyección no se ha detenido y es tan actual hoy como en el momento de su desaparición física en 1944, cerca ya de los ochenta años de edad. Por otra parte, su biografía se extiende en el espacio del mismo modo que parece haberlo en el tiempo. Su infancia transcurre alternativamente en Moscú y en Odesa. Estos años se proyectarán con un papel muy importante en los principios de su carrera como pintor, pero cuando la voluntad de dedicarse a la pintura se le impone tardíamente, cerca ya de los treinta años, después de haber estudiado música, leyes y economía, y de haber viajado con amplitud por el interior de Rusia, abandona su país natal y se establece en Munich. Desde entonces, Alemania se convierte en su patria espiritual. Ahí realiza sus primeros estudios como pintor profesional y funda esos grupos de pintores cuyo nombre resuena tan claramente ahora en la historia del arte contemporáneo, Phalanx, Blaue Reiter. En alemán publicará originalmente su tratado fundamental, *De lo espiritual en el arte* y aunque las leyendas, el ambiente popular y las obras primitivas rusas ejercerán un papel importante en su arte, lo mismo puede decirse del ambiente que lo rodea en Munich y de las obras primitivas bávaras. Hasta el fin de la Primera Guerra Mundial viaja por casi toda Europa, buscando diferentes estímulos, pero regresando siempre al círculo de Munich. Después de la Revolución regresa a Rusia y colabora activamente en la organización de nuevos museos, pero la abandona definitivamente en 1921 para establecerse en Berlín. Permanecerá en Alemania durante los doce años siguientes, hasta el advenimiento del nazismo. Son los años de fructífera colaboración en el Bauhaus y de estrecha amistad con Paul Klee. Después se refugia en Francia donde vive y trabaja en soledad hasta su muerte. A partir de ese momento, con el fin de la segunda Guerra Mundial,

la importancia de su obra y sus teorías, que liberaron a la pintura del servicio a la representación y la copia de la naturaleza, se agranda hasta cubrir casi por completo el arte contemporáneo. En este sentido, Kandinsky es uno de los pintores más significativos de nuestro tiempo. La revolución formal que él inició alrededor de 1910 ha cambiado definitivamente la fisonomía de la pintura; pero su obra puede verse también de otro modo, como una realización particular, independiente de las consecuencias culturales que provocó, y quizás es en este terreno donde mejor puede revelársenos, porque ahora puede verse que más que un revolucionario y un teórico personal y cuidadoso, Kandinsky era antes que nada un gran pintor, un extraordinario poeta, cuya obra busca una última verdad espiritual a través de un lento desarrollo interior, que culmina en el encuentro de la serenidad, la paz y la armonía en la realidad de la forma.

Para llegar a esa obra no es inútil repasar los datos exteriores de su biografía. Kandinsky siente que se renueva en el su pasión infantil por la pintura a través del reconocimiento de Rembrandt en el Hermitage de San Petersburgo y el súbito encuentro de Monet en una exposición de pintores impresionistas realizada en Moscú. Es entonces cuando decide trasladarse a Munich y trata de tomar clases con algunos de los maestros más conocidos de la época. Desde sus primeras obras, su interés fundamental es el color, pero en esas obras se desarrollan motivos en los que aparecen por igual recuerdos de su infancia y su juventud en Rusia e impresiones del ambiente que lo rodeaba en Bavaria. El pintor se sentía fundamentalmente atraído por el pasado y por la presencia de un pasado similar en las pequeñas ciudades alemanas. Sus composiciones encierran siempre referencias directas. Sabemos que algunos de sus maestros trataron de frenar su inclinación hacia el color por encima del poder de representación de las formas obligándolo a trabajar largamente sólo en blanco y negro. Sin embargo, para Kandinsky la verdad de la pintura no se encontraba en el poder de representar, sino en el de evocar una verdad interior, puramente espiritual, que estaba más allá de la realidad inmediata. Todas sus meditaciones sobre la pintura y el arte en general están atravesadas por un peculiar misticis-

mo, una abierta inclinación hacia el lado oculto de la realidad y una búsqueda de la supremacía de lo espiritual sobre lo real, que no vacila en acercarse a la teosofía y el espiritismo, pero que finalmente se muestra de una manera distinta en el propósito de llegar a la expresión pura de esa realidad oculta a través del arte. El mismo Kandinsky nos cuenta que la forma de representar esas fuerzas ocultas se le presentó de una manera casual. Al regresar de una larga jornada de trabajo en el campo, a la luz incierta del atardecer, lo hirió la fuerza, el poder de representación de una obra colgada en la pared de su casa en la que no era posible reconocer ninguna forma y que, sin embargo, parecía hablar el puro lenguaje secreto del color. Al acercarse a ella, reconoció uno de sus cuadros que había sido colgado al revés. Entonces —nos dice— comprendió que lo que se interponía entre él y el mundo que buscaba era la representación de formas naturales. De ahí en adelante, su búsqueda se dirigió al encuentro de la manera que le permitiría eliminar ese obstáculo para llegar a las esencias. Esta negación de la realidad sería una forma de entrar a otra realidad, puramente espiritual.

No es difícil ver, así, que su pintura nace de una determinada posición ante el mundo. En ella hay una voluntad de negación que debe convertirse en afirmación. Sin embargo, el camino hacia esa afirmación es lento y doloroso. El artista no busca hacer de su arte una mera expresión subjetiva cerrada a la comunicación. Este descansa sobre todo un sistema de valores que tratan de afirmar la supremacía del espíritu en un sentido místico y religioso, pero su representación es el encuentro de un lenguaje coherente que haga posible la manifestación de esos valores. Kandinsky inicia entonces un nuevo y lento período de búsqueda en el que pasa de la representación de formas naturales a su sugestión a través de puros colores y formas encerradas en una estricta composición. Poco a poco, los valores de referencia irán desapareciendo devorados por la pureza abstracta de la misma composición, pero ésta deberá estar encaminada siempre a crear un orden dentro del que cada forma revelada por el color dentro será una replica, una respuesta a la naturaleza a través de la cual el espíritu encuentre acomodo naturalmente. Así, el caso se manifestará en la armonía nueva creada por el artista al liberar sus fuerzas. Éste es para el arte de Kandinsky el difícil período de las *Composiciones*, las *Impresiones* y las *Improvisaciones*, vastas series de cuadros en los que todavía aparecen referencias al modelo natural, pero en los que éste apenas se sugiere devorado por el ritmo, los valores independientes del color y la forma. Finalmente, éstos se liberan por completo. Las obras se convierten en composiciones puras. El ideal plástico anunciado en *De lo espiritual en el arte* se hace realidad en una larga serie de cuadros en los que formas y colores encuentran acomodo de acuerdo con sus propias exigencias en la totalidad de la composición. El mundo de Kandinsky ya no es el mundo, sino otro mundo, puro e independiente. Es una representación ideal. Pero la pintura no se ha liberado, sino que se ha entregado voluntariamente a una nueva servidumbre: la del espíritu puro. Niega una realidad para afirmar la supremacía de otra, oculta e independiente. Durante cerca de treinta años, Kandinsky sirve voluntariamente a esa realidad obligándola a manifestarse en sus obras. Así puede decir en su lecho de muerte que le ha entregado al mundo un mensaje de paz y serenidad. Hoy, a cien años de distancia de su nacimiento, la naturaleza de ese mensaje brilla intocable en sus obras. En ellas, desde las primeras creaciones abstractas, románticas y barrocas, difíciles y recargadas, hasta la clásica geometría de los últimos cuadros, se encierra la capacidad del artista para crear un orden que encierre una respuesta al problema de la realidad y nos acerque a la verdad del espíritu. Y en esas obras la presencia de Kandinsky seguirá extendiéndose en el tiempo.